

Embajador en Brasil

A comienzos de 1986, tras cuatro años de servicio en Lima, el Canciller Wagner propuso mi designación como Embajador en Brasil y eventualmente concurrente en Guyana y Surinam. Vivimos cuatro años y medio en Brasilia. Algo más de un año antes había viajado a Brasilia como miembro de la delegación que encabezara el entonces Canciller Luis Percovich a una Asamblea General de la Organización de Estados Americanos OEA. Conocía algo de la ciudad, pues ya en 1971 integré la delegación que acompañó en visita oficial al Canciller General Edgardo Mercado Jarrín. Obviamente, aquellos primeros y breves contactos con Brasilia y también con Río de Janeiro y Sao Paulo fueron suficientes para entender que se trataba de un país diferente de los demás latinoamericanos, no solamente por la lengua portuguesa y su historia colonial, luego imperial y republicana desde finales del siglo XIX, sino también por sus increíbles dimensiones, diversidad geográfica y humana y por la visión que casi naturalmente promovían los gobiernos y asumía la población, de estar destinado a ser una gran potencia.

A los pocos días de llegar, invité a algunos compatriotas que desempeñaban cargos en organizaciones internacionales en Brasilia, o habían sido amigos de mi hermano Víctor, quien fue por años alto funcionario de EMBRAPA, el prestigiado instituto brasileño de investigación agropecuaria. Todo fue muy bien, pero me pareció que hablaban un poco raro y caí en cuenta de que se trataba de Portuñol, invento con el que se expresaba la mayoría de latinoamericanos residentes en Brasil. Al día siguiente, pedí a María Luzia Siqueira, la Secretaria de la Embajada, que consiguiera como fuere a un profesor o profesora que pudiera darme clases de portugués. En breve, me presentó a Patricia Morganti, quien solamente disponía de tiempo a las siete de la mañana. Como yo había sido profesor, pensé que me tocaba el turno de mostrar respeto. En síntesis, el Embajador del Perú debía estar a esa hora bañado y vestido: pero a cambio de ese pequeño sacrificio para quien nunca fuera muy madrugador, Patricia resultó una excelente profesora y al cabo de varios meses podía leer, hablar y escribir algo y si bien nunca pude desprenderme de mi “sotaque” o acento, era claro que no estaba hablando Portuñol. Valió la pena, porque los brasileños entendían que ello había representado un esfuerzo y la gente, pero especialmente las autoridades, expresaban su aprecio. Inútil añadir que ello me facilitaba mucho las cosas.

O maior país do mundo

No es Brasil, pero igual es inmenso. Algunos vuelos internos pueden tomar más de tres horas. Su geografía, como dijo un estudioso, no responde una pregunta sino cada mil kilómetros y su variedad es enorme. Desde luego, no conocimos todo el país ni lo pretendíamos. Pero si viajamos mucho, porque el sistema federal hacía que los gobiernos subnacionales tuvieran considerable importancia e influencia en no pocos temas de nuestro interés. Tampoco faltaban invitaciones por cuestiones oficiales, especialmente a los estados fronterizos o cercanos al Perú, pero también a otros de importancia como Sao Paulo, Minas Gerais, Amazonas, Acre, Mato Grosso, Bahía y más. Además, la Embajada y los consulados promovían actividades en varios lugares.

Stefan Zweig habría dicho, “Brasil es el país del futuro; para añadir de inmediato, y lo seguirá siendo”. Aunque son innegables su extensión, sus grandes poblaciones y casi inexhaustibles recursos, más allá de cierto sarcasmo en la afirmación, hay elementos que inhiben que esa vocación brasileña se llegue a materializar. Salvando las diferencias, lo mismo podría decirse de muchos países. Sin embargo, en el caso del Brasil los avances, a veces espectaculares,

suelen ser seguidos de bruscas paralizaciones y retrocesos. Al igual que sus potenciales, los problemas del Brasil son inmensos. No son apenas las distancias sino muchos otros factores conocidos, que no consiguen ser superados. Tampoco tiene ello que ver con el sistema político, pues habiendo conocido largas y penosas dictaduras también ha tenido gobiernos democráticos y el ser una República Federal no debería ser un obstáculo real. Es tal la complejidad y diversidad del país que alguien lo denominó “Belindia”, indicando una mezcla del avance de Bélgica con el entonces atraso de la India de entonces. Y efectivamente había y sigue habiendo bastante de cierto en ello.

En el Brasil conviven desarrollos científicos y tecnológicos remarcables, con niveles penosos de pobreza y explotación. La distancia entre la clase política y los sectores de gran riqueza con el resto de la población es enorme. La incompetencia, favoritismo y corrupción son patentes. Brasil es uno de los países latinoamericanos con más altas tasas de recaudación fiscal, no tan distantes de las de varios países desarrollados. Con tan gigantescas disponibilidades financieras, los modestos o pobres resultados de las gestiones en todos los niveles de los gobiernos centrales, estatales y municipales, difícilmente podría explicarse por factores distintos a la incompetencia y la corrupción. “Impuestos europeos y servicios africanos” es una reiterada y comprensible queja.

El increíble exceso de personal del Estado llevó al popular músico Gilberto Gil a decir, al ser elegido Alcalde de Salvador capital del estado de Bahía, que si convocaba a trabajar a todo el personal asignado a su gabinete no entraría en el edificio de la Municipalidad. Situaciones como esta se repetían en todas partes y tan explosiva burocratización incrementaba las oportunidades de corrupción, desde la ventanilla o la policía en la calle, hasta los más altos niveles del estado, en recurrentes arreglos ilegales con sectores empresariales.

Pero en aquellos tiempos, los Presidentes José Sarney y Raúl Alfonsín de Argentina, que sucedían a largos y duros regímenes militares, hicieron algo que no ha sido debidamente reconocido. Decidieron que era indispensable acabar definitivamente con las posibilidades o intenciones, reales o supuestas, de que sus países pudieran fabricar armas nucleares. No fue ni rápido ni fácil, pero finalmente se hizo. Y con todos los requisitos necesarios y certificación del Organismo Internacional de Energía Atómica de que las actividades nucleares fueran exclusivamente para uso pacífico, se pudo hacer de América Latina la primera zona densamente habitada del planeta libre de armas nucleares. Las positivas derivaciones de esa valiente decisión de dos políticos demócratas, no tiene precio.

Como es conocido, de aquellas décadas para acá el proceso político de Brasil no ha tenido nada de uniforme. A las dificultades históricas de todo tipo, se añadieron lamentablemente comportamientos y planteamientos que han deteriorado la posibilidad del brillante futuro que por entonces casi se daba por descontada. El país no ha podido, al igual que los otros países latinoamericanos, abordar eficazmente sus graves problemas estructurales.

Por ejemplo, la iniciativa brasileña de UNASUR, más allá de sus intenciones y potencial, ha conocido más frustraciones que éxitos. No se ha continuado con suficiente empeño la ingente tarea de infraestructura de transporte y comunicación, IIRSA, cuyas falencias explican en buena parte las grandes dificultades del comercio y la integración sudamericana. Con nuestro conocido voluntarismo, acompañamos los planteamientos brasileños, e increíblemente también los de Venezuela, expandiendo las pretensiones a distintos ámbitos como fue el caso de la insistencia en la creación de un Consejo Sudamericano de Defensa, carente de sustentación adecuada; cuyo penoso final al igual que el de UNASUR, no

deberían haber sorprendido a nadie que hubiera tenido en cuenta las alertas que se encendían frecuentemente.

Los escándalos con las empresas constructoras han tenido impacto global. No es que ello se ignorara; e incluso se comentaba abiertamente. La diferencia es que solamente en recientes años, algunos miembros del ministerio público y la justicia decidieron enfrentar el problema. Es el caso “Lavajato” pero hay muchísimos otros que requerirán largo tiempo para ser identificados, procesados y sancionados. Pero lo que también distingue el comportamiento histórico de casos más recientes, es que la “exportación” de esa manera de actuar no solamente era conocida por los gobiernos, sino que podría haber sido incorporada como parte de sus políticas. Más que deseable, es indispensable que, si Brasil efectivamente aspira a ser un país desarrollado y gran potencia, tendrá que enfrentar con enorme decisión la muy precaria calidad del Estado. Obviamente, esto vale también para los países latinoamericanos, con alguna honrosa excepción.

Consecuentemente, Brasil tendrá que procesar con extremo cuidado su relacionamiento vecinal y regional. Por ejemplo, asumir que pretensiones como liderazgo automático o representante incuestionable de América Latina en una eventual ampliación del número de Miembros Permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, no se ajustan ya a la realidad. Brasil seguirá siendo un gran país, con enormes posibilidades. Pero a futuro, sus aspiraciones tendrán que sustentarse en comportamientos y actuaciones efectivas y no en “razones naturales”.

La Relación Estratégica

Brasil tiene fronteras con todos los países sudamericanos a excepción de Chile y Ecuador. Juntamente con Perú conforman la parte más ancha del subcontinente sudamericano. Nuestra frontera bilateral, aun siendo exclusivamente amazónica, no es impedimento para la existencia de factores que requieren una relación estrecha, intensa y multifacética. Desde hace siglos las relaciones, primeramente, entre las metrópolis española y portuguesa y luego entre los países independientes, ha sido importante para todos, aunque no libre de diferencias y conflictos.

Desde el descubrimiento del Brasil, los colonizadores portugueses promovieron la penetración hacia el interior del continente mediante “entradas” y “bandeirantes”. Ello fue expandiendo, paulatina pero inexorablemente la posesión brasileña de espacios de la corona española en los cuales su presencia y autoridad eran en la práctica inexistentes. En el caso del Perú no hubo conflicto armado, que Brasil tampoco los tuvo con los otros salvo la penosa guerra tripartita con el Paraguay. Pero igual y debido en parte a nuestro desinterés por esas apartadas regiones y la incapacidad de ocupar y gobernar efectivamente nuestros territorios, solamente a comienzos del siglo XX se lograron establecer los límites definitivos, debiendo ceder extensas áreas en la región del Acre y más allá.

Por muchos años, la dificultad física de la Amazonía representó un serio obstáculo al incremento de la relación; si bien el temprano acuerdo de libre navegación en los ríos a mediados del siglo XIX, que también en parte lo fuera de límites, hizo posible a las entonces escasas poblaciones del oriente peruano una comunicación externa que era más fácil con Europa que con nuestra propia capital. Los cambios han sido grandes y hoy los intereses comunes conforman ya una relación de mucha densidad. Aun cuando el transporte acuático sigue siendo central, se tiene ya además de la aérea, comunicación vial interoceánica, si

bien el modo de su realización sigue recibiendo severas críticas y hasta es objeto de procesos judiciales. Independientemente de los problemas de corrupción que están impactando el estado actual de las relaciones, es interés de ambos países continuar esfuerzos para que ellas se mantengan y se incrementen; aunque necesariamente deben serlo sobre bases ajenas a la ideología de los gobiernos y menos aún de la complicidad delictiva entre sus autoridades y empresas

Por todo ello, no debe extrañar que en el tiempo que estuvimos en Brasil se produjeran innumerables visitas de autoridades peruanas empezando por el Presidente de la República, los cancilleres, viceministros, otros ministros, presidentes o directores de empresas del Estado, empresarios privados, funcionarios de muy diversos sectores y más. Se trataban de temas bilaterales, pero tampoco faltaron reuniones del Grupo de Río, de organizaciones internacionales y otras. Asimismo, no todas se realizaban en Brasilia sino en distintos lugares del enorme país, lo que suponía que yo viajara a ellos o lo hicieran otros funcionarios de la embajada. Por otra parte, me tocó también acompañar en no pocas ocasiones autoridades brasileñas al Perú; así como otros viajes que hice a nuestro país para coordinaciones con nuestra Cancillería u otros sectores del Estado.

El Tratado de Cooperación Amazónica y visita oficial del Presidente

En 1989 los Jefes de Estado de los países amazónicos se reunieron en Manaus para discutir el futuro de la cooperación para el desarrollo y la protección del patrimonio de sus respectivos territorios amazónicos. Asistió el presidente Alan García acompañado del Canciller Guillermo Larco Cox y una importante comitiva, pues se había previsto que tras la cumbre de Manaus se realizara una visita oficial a Brasil, a celebrarse en su capital. Con su conocida perspicacia, el Presidente me comentó en privado algo como: “Verá Embajador, esta será una reunión de viejitos leyendo papelitos”. No se equivocó. La mayoría de los presidentes efectivamente leyeron discursos totalmente previsibles, en tanto que el presidente peruano, con brillo y sin ayuda de ninguna nota hizo la mejor exposición sobre el tema del encuentro.

La víspera del viaje a Brasilia, me acerqué a la suite del Presidente para acompañarlo con la delegación a la cena de cierre y despedida que ofrecía el Presidente Sarney. El presidente García salió en evidente estado de alteración, acompañado de algunos ministros. Consulté lo que ocurría y se me dijo que Sendero Luminoso había asesinado a un diputado aprista y el Presidente proyectaba retornar a Lima en cuanto fuere posible, cancelándose la visita oficial al Brasil.

Acabada la cena, hubo una reunión en la suite presidencial en la que, vistas las dificultades técnicas para retornar de inmediato se decidió hacerlo a primera hora de la mañana. Obviamente preocupado por la frustración de tan importante actividad bilateral, dije al Presidente que si bien una visita oficial incluía distintas actividades y atenciones, al final lo que contaba era el acuerdo de los Jefes de Estado que usualmente se consignaba en una Declaración Conjunta. Añadí que, como era natural, ya la Embajada y nuestra Cancillería tenían sumamente adelantado el texto de lo que sería dicha declaración conjunta y que, si él lo autorizaba y el gobierno brasileño estuviere de acuerdo, con el Subsecretario de Política Exterior Embajador Harry Beleván, podíamos continuar trabajando para concluirlo de modo a ser firmado antes de su partida.

El Presidente se volvió hacia el Director General de Protocolo, mi viejo amigo Embajador Gustavo Teixeira y le indicó que solicitara un inmediato encuentro con el Presidente Sarney.

Ejecutada la instrucción, al poco rato el Presidente nos dijo: “Bueno, vayan a trabajar”. Obviamente, pasamos el resto de la noche ajustando los términos del documento con altos funcionarios de Itamaraty y muy temprano a la mañana siguiente, en brevísima ceremonia los Jefes de Estado suscribieron la Declaración Conjunta que recogía el propósito peruano-brasileño de trabajar conjuntamente en una amplia variedad de temas de interés común. Desde luego no fue lo ideal, pero aún en la crítica circunstancia fue posible no postergar la formalización del propósito de ambos países de desarrollar su relación. Hay que hacer lo que se pueda.

Reunión parlamentaria amazónica

En 1989, parlamentarios de los países del Tratado de Cooperación Amazónica se reunieron en Manaus para instalar un Parlamento Regional. Como Embajador en Brasil, me desplazé a la capital amazónica para atender y apoyar a la numerosa delegación nacional. No estaba familiarizado con los procedimientos parlamentarios y, tratándose de una nueva institución con participantes de muy diversos países y sistemas, era esperable que la reunión no fuera un ejemplo de orden. Sin embargo, hasta un lego como yo no podía dejar de sorprenderse por el completo desorden en que transcurrió. En fin, son cosas del subdesarrollo.

Pero mi mayor preocupación se produjo cuando un representante ecuatoriano propuso que se estableciera una especie de tribunal o corte que resolviera cualquier problema que pudiera surgir o existir entre los países miembros. Para mi asombro, esta propuesta fue inmediata y entusiastamente secundada por un parlamentario peruano. Como yo no podía dirigirme directamente a ese foro parlamentario, me apresuré a buscar al diputado Celso Sotomarinero quien era miembro de la Directiva de nuestro Congreso. Le expliqué en síntesis el problema en que podríamos meternos de aceptarse tan absurda propuesta. De inmediato llevó aparte al parlamentario y le increpó su conducta; a lo que respondió que no había entendido bien ni conocía mucho del asunto, a lo que Sotomarinero directamente le ordenó que no hablara de lo que no sabía y conversó con varios parlamentarios para que, finalmente, se descartara el absurdo planteamiento.

La cosa quedó ahí, pero seguí pensando que no estaría de más que en nuestro país las autoridades se consultaran, al menos sobre cuestiones de política exterior. Esta es de carácter transversal y consecuentemente interesa al conjunto del Estado y no apenas a un sector específico y especializado como es el Ministerio de Relaciones Exteriores. Nadie discute que toca a los parlamentos una función en materia de las vinculaciones externas del país, pero no cuesta nada ni disminuye a nadie informarse y concertar lo que debería hacerse en nuestra vinculación con el resto del mundo.

La actividad diplomática en Brasilia

Por otra parte y más allá de lo bilateral, la actividad diplomática era sumamente intensa. Además de las actividades oficiales, viajes, entrevistas y celebraciones, casi todas las embajadas ofrecían recepciones por sus días nacionales o visitas de autoridades y otros. No era difícil hacerse amigo de los brasileños, por su natural simpatía, lo que implicaba otro número de compromisos e invitaciones.

Como corresponde, la Embajada de Perú recibía frecuentemente a personalidades oficiales, diplomáticos brasileños, representantes de los sectores empresariales y de la cultura y todas

las delegaciones peruanas eran debidamente atendidas. Enterado de la existencia de un Día del Periodista en Brasilia, invitamos a almorzar a los más importantes representantes del gremio que, con la dimensión del Brasil se contaban en varias decenas. Lo hicimos, por lo menos los años que servimos en Brasil y eran ocasiones sumamente útiles y sinceramente apreciadas por las gentes de prensa. También se realizaban actividades culturales, etc.

Recuerdo con aprecio el contacto permanente con las autoridades y diplomáticos brasileños. El Presidente José Sarney era una persona afable y, como político, tenía especial interés en las relaciones con los demás países de América Latina y, especialmente, los vecinos. A veces daba la impresión de ir adelante en ese propósito de Itamaraty, como es conocido el Ministerio de Relaciones Exteriores. En consecuencia, siempre era grata la oportunidad de conversar con él en compañía de unos pocos Embajadores latinoamericanos sobre cuestiones oficiales, pero también, como poeta, de literatura o historia y otras cosas.

El Canciller, Roberto Costa de Abreu Sodré, era un acaudalado empresario de Sao Paulo, donde también fuera Gobernador; y era igualmente afable y el trato con él siempre fue amical y productivo. El Secretario General de Itamaraty fue, en todos mis años, el Embajador Paulo Tarso Flecha de Lima, diplomático experimentado con importantes vinculaciones políticas y persona decidida y fuerte carácter. Fuimos amigos y en todas las oportunidades, inclusive en situaciones sensibles, me dispensó el trato más cordial.

Fue tal el nivel de confianza recíproca que pudimos alcanzar con los amigos de Itamaraty que, en oportunidad de una conferencia regional sobre no recuerdo que tema, preparamos con José Antonio Arróspide y Manuel Picasso un texto que, contemplando obviamente nuestros intereses, procuraba también incorporar los de otros países involucrados. Visité entonces al funcionario responsable en Itamaraty para comentar el inminente encuentro y, hacia el final le dije: "Mira, voy a perder en tu oficina un texto que no tiene autor, ni procedencia ni nada que lo identifique. Si les sirve de algo, nosotros no sabemos nada ni tenemos nada que hacer ni decir". En ese entendido lo leyó rápidamente y me dijo: "Hugo, esta es la Declaración Final". Desde luego, hubo algunos cambios y añadidos, pero lo esencial estuvo en el borrador. No hubo en eso nada de indebido, pues no existe inconveniente para que, entre países amigos se proporcionen el apoyo posible. Fue un momento muy grato.

Con muchos otros diplomáticos sostuve también la mejor relación, los recibíamos frecuentemente en la residencia y, en una oportunidad, fuimos invitados al concurrido cumpleaños de un colega local. Al cabo de un rato, nos percatamos que Kille y yo éramos los únicos extranjeros. No puedo mencionar, lamentablemente, a todos los amigos diplomáticos brasileños, pero no debo omitir la inteligencia, experiencia e ingenio de Marcos Castrioto de Azambuja, a quien conocí en Nueva York y con quien trabajamos en la mejor armonía en Brasil, cuando fue Secretario General de Itamaraty y en muchos otros lugares y ocasiones.

Pero como la cabra tira al monte, aproveché la amistosa relación que se había establecido hacía tiempo entre mi hermano Ricardo y el entonces Rector de la Universidad de Brasilia, Dr. Cristovam Buarque. Persona magnífica, de amplia cultura, enorme curiosidad y sincera emoción social. Almorzamos algunas veces en el Rectorado, en platos, pero la misma comida que se servían los estudiantes en las bandejas del comedor general. Y también sirvió para vincularme al recientemente creado Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad que dirigía el R.P. Aleixo, hombre de cultura y ciertamente cabal sacerdote, que

en alguna oportunidad celebró en nuestra Embajada la Misa por el Día Nacional. Con él, iniciaba la tarea un grupo de jóvenes que en su momento fueron todos distinguidos investigadores e internacionalistas. Tuve el placer de compartir no pocas tardes con ellos y algunas veces también, el honor de dictar conferencias.

En el Cuerpo Diplomático, había personas de la mayor calidad, con algunas de las cuales seguimos siendo amigos. El entonces joven Embajador Fernando Gerbasi quien por el régimen chavista debió asilarse en España donde falleció, representaba a Venezuela. Más adelante fue Viceministro y ocupó importantes Embajadas, incluyendo la vecina Colombia. Volvimos a coincidir breve tiempo en Roma, donde también era muy respetado en la FAO. Cuando pasábamos por España, no dejábamos de visitarlos y fue un ejemplo de servidor público y finalmente víctima del autoritarismo que tantos defienden. Antonio González de León, Embajador de México, con amplia experiencia y vasta cultura me ayudó en la selección de textos para una compilación de tratados y documentos internacionales que preparé y publicamos con el CEPEI cuando estuve en Brasilia. También tuve apoyo en esa tarea, de mi buen amigo el entonces joven y ya distinguido Asesor Jurídico de Itamaraty, Profesor Antonio Augusto Cancado Trindade, quien llegó a ser Juez en la Corte Internacional de La Haya. En el amable ambiente de Brasilia, la relación con diplomáticos de todas las edades incluyendo más jóvenes que nosotros como Jorge Hugo Herrera Vega de Argentina, Carlos Barros del Uruguay y muchos otros; y ciertamente con sus cónyuges nos era también muy grata. Hubo muchos otros diplomáticos de primera, latinoamericanos, europeos y asiáticos con los que compartimos buenos momentos. En síntesis, esa ciudad, aun entonces considerada por muchos como aburrida, nos dio tiempo no solamente para el trabajo, que no era poco, sino para compartir con amigos y, al menos en mi caso para leer, publicar, viajar en el Brasil y fuera de él, hacer conferencias y participar en eventos, amén de jugar algo de tenis. ¿Qué más se podía pedir?

Guyana y Surinam

Comprensiblemente, las relaciones del Perú con ambos países sudamericanos son modestas, no solamente por razones histórico-culturales sino también económicas y de la casi inexistente comunicación. Fui en dos oportunidades a Guyana. La primera a presentar credenciales y explorar posibilidades de intercambio y cooperación; y la última para participar en una Conferencia Ministerial del Movimiento No Alineado. No había posibilidad real de colocar nuestros productos de exportación, entonces mucho menores que los de hoy. Pero estimé que tendríamos posibilidades de ofrecer cooperación en algo en que poseemos considerable experiencia, como es la artesanía. La guyanesa era bastante elemental. Intenté organizar un programa, con apoyo de alguna organización internacional, pero no pude concretar ese propósito.

La Conferencia Ministerial de Movimiento No Alineado en Georgetown, mayo de 1987, tuvo un desarrollo muy similar a las demás. Discursos macarrónicos, interminables sesiones de comités de trabajo y redacción, absurdas discusiones sobre lo que era y no era el No Alineamiento, la búsqueda de supuestos enemigos y aliados naturales y así por delante. Al final, producía textos de decenas cuando no centenas de páginas aprobados “por consenso”, el que desvirtuado por la realidad. Cosas del subdesarrollo.

A Surinam viajé una sola vez a la toma de mando de un presidente democráticamente elegido, tras una de las recurrentes dictaduras militares cuyo líder, el general Bouterse, hombre de pésima reputación mantuvo una posición en el ejército, volviendo años después

a la política mediante nuevos golpes de estado y hasta elecciones. A diferencia de Guyana, donde la sociedad era esencialmente de origen africano e indio, en Surinam había también mucha población de origen indonesio, que igualmente fuera colonia de los Países Bajos. Guyana mantenía rasgos del sistema administrativo inglés en tanto que en Surinam el manejo del estado fue siempre menos previsible, situación que entiendo se mantiene aún.

Ambos países, hacen obviamente parte de la Organización de Estados Americanos y la UNASUR y del Tratado de Cooperación Amazónica; pero el carácter y nivel de la relación que un país como el nuestro, a diferencia de la contigüidad de Venezuela y Brasil, al igual que con casi todos los estados islas del caribe, sigue siendo una asignatura pendiente para nuestra política exterior y diplomacia.

La Residencia

La Embajada ocupaba, como muchas otras, un predio de veinticinco mil metros cedidos por el Gobierno del Brasil a los países que se comprometieron a edificar en ellos residencias y/o oficinas. En ese espacio, el Gobierno del Perú construyó dos edificaciones bastante grandes, separadas por unos ochenta metros. Eran modernas y amplias y permitían atender adecuadamente sus respectivas funciones de residencia y cancillería. Grandes espacios, ventanales y detalles arquitectónicos, intentaban sugerir aspectos de la geografía peruana.

Por razones que nunca entendí, más allá de la amplitud y utilidad de esa edificación, el diseño de la residencia ignoraba su ubicación frente al lago artificial de Paranoá, sin el cual la sequedad del planalto brasileño haría difícil la vida humana. El único lugar del que podía apreciarse su belleza, era un pequeño balconcito al costado del dormitorio principal en el segundo piso. Tampoco entendí que no pudiera darse algo de privacidad a las habitaciones familiares que abrían todas a la gran área social, ni por qué con la maravillosa luminosidad de Brasilia el comedor principal y la biblioteca no podían utilizarse en el día sino con luz eléctrica. ¿Cosas de arquitectos; o de insuficiente comunicación y concertación sobre lo que es una Embajada? Esa negativa experiencia se replicó décadas más tarde en Japón.

Pero, en el lado ameno, el enorme salón estaba adornado por dos magníficas esculturas de Víctor Delfín. Un cóndor adosado a una elevada pared y un pez de metal brillante en posición vertical en el centro de una pileta, de cuya boca se elevaba un chorro de agua. En las obligadas explicaciones a los visitantes, uno de mis predecesores señaló a la escultura y dijo: “Y esto es un Delfín”; a lo que algún desinformado respondió: “No señor Embajador, yo creo que es una corvina”.

Carnaval de Rio

Hay quienes dicen que en el Brasil no se producirán explosiones sociales, porque tiene dos catarsis que liberan muchísimas tensiones y poseen sentido casi religioso. El fútbol y el carnaval. Del primero se conoce todo. Del segundo se conoce mucho, pero para nosotros la diferencia fue que participamos en una oportunidad. Por iniciativa del excelente Embajador de España Jose Luis Crespo de la Vega, se organizó en Brasilia un numeroso grupo de jefes de misión y diplomáticos de diversas partes del mundo, para incorporarnos a alguna Escola de Samba y desfilar en la mundialmente conocida pasarela carioca de Marques de Sapucaí. Desfilar en el carnaval no es cosa que se improvisa. Los millares de “pasantes” que constituyen el grueso de la Escola, deben conocer la música, la letra y los pasos de baile del

“enredo” o historia que representa; y adquirir los disfraces correspondientes al “ala” o sección en que deban desfilan. En nuestro caso se trataba de nobles europeos del siglo XVIII, con unas enormes pelucas blancas de plástico que agobiaban por el calor.

Las escuelas agrupan aficionados provenientes de todo el Brasil y también de muchos países. Siendo imposible un ensayo general, los “pasantes” deben tener práctica pues solamente se encontrarán en la concentración previa al desfile. En consecuencia, el grupo autodenominado los “Morcegos do Cerrado” o sea los murciélagos de la región geográfica donde se ubica Brasilia, nos encontrábamos en gratísimas reuniones en la Embajada de España y otras para las prácticas, dirigidas obviamente por un brasileño que sabía cómo hacerlo. Los murciélagos hicimos lo mejor que pudimos. Nuestra escola fue la tradicional Estación Primera de Mangueira, así denominada por el Morro o cerro con favela donde se originó. Pero nos fue bien, porque después de que desfilara el ala de nuestro grupo diplomático, se rompió uno de los carros alegóricos, arrancando lágrimas de los miembros permanentes de la Escola.

El carnaval de Rio es alucinante, siendo difícil explicar la mezcla de alegría, emoción y energía que suscita. Casi se olvida que está considerablemente subvencionada por la delincuencia, que las conductas se estiran hasta la promiscuidad, que para los pobres participar implica una inversión no desdeñable y que a su final deben contarse numerosos muertos. Pero para nosotros, novatos en ese trepidante fenómeno de color y fuerza, fue una experiencia grata e inolvidable, y cuando hay oportunidad, decimos con orgullo que una vez desfilamos en el Carnaval de Río de Janeiro.

Invalorable apoyo del personal

Para que una Embajada funcione de manera eficiente y productiva, el apoyo del personal diplomático que son sus colaboradores inmediatos, y también de los administrativos y del personal de servicio son indispensables. Este último no solamente es el de la Cancillería sino de la residencia, que además de alojamiento del Jefe de Misión y su familia, debe ser también un espacio para la actividad diplomática.

Tuve mucha suerte pues fue Jefe de Cancillería el Ministro Willy Beleván McBride hijo del respetado Embajador Ludgardo Belevan y hermano de otro, Harry, a quien sucedió José Antonio Arróspide y finalmente Marco Carreón y fueron todos de enorme ayuda. Mención especial debo a Manuel Picasso Botto con quien ya habíamos trabajado en la Dirección de asuntos Políticos y Diplomáticos, y años después lo haríamos también en la Embajada en Francia. Inteligente y competente diplomático y persona culta y noble, tempranamente desaparecido, tenía a su cargo la casi imposible misión de organizar y dar seguimiento a los innumerables encuentros oficiales peruano-brasileños en todos los niveles y distintos lugares. Alejandro Ugarte, Jorge Salas, Thierry Roca Rey hijo del distinguido Embajador y hombre de cultura Bernardo Roca Rey de quien fui amigo, Augusto Morelli hijo de mi jefe y amigo Embajador Jorge Morelli Pando, Carlos Vallejo, Alejandro Ugarte y los demás diplomáticos fueron también colaboradores de muy buena calidad. Los agregados castrenses y su personal de apoyo eran competentes y correctos. Recordamos especialmente al Coronel EP Fernando Lindley y al Comandante AP José Teixeira y sus magníficas familias, que fueron también buenos amigos para nuestros hijos Cristian y Rodrigo en sus breves visitas de vacaciones entre estudios universitarios.

Encontré como Secretaria del Embajador a María Lucía Siqueira, peruana casada con un funcionario brasileño. Fue de gran apoyo en la labor de Cancillería y también para las tareas de Kille, con quien siguieron siendo fraternas amigas hasta su fallecimiento. Recuerdo que cuando mencionaba que probablemente debía viajar a Rio de Janeiro, Sao Paulo o Manaus para alguna actividad, al confirmarle que debía hacerlo me decía que ya me había reservado varios vuelos a distintas horas. Y para todas las otras tareas era igual de competente. La recordamos con mucho afecto y agradecimiento. El señor Roberto Da Silva tuvo a su cargo la contabilidad y administración de nuestra Embajada por más de medio siglo, o sea desde antes de la mudanza de la capital de Rio de Janeiro a Brasilia. Personalmente lo presenté al Presidente Alan García en una de sus visitas y le informé de su trayectoria, a lo que reaccionó indicándome que deberíamos condecorarlo, merecido reconocimiento que me honró ejecutar poco antes de su fallecimiento. Gonzalo Morales, hijo de un distinguido diplomático peruano, tempranamente fallecido, quien ya venía trabajando lo sucedió desempeñándose con absoluta corrección y solvencia

El personal que encontramos en la residencia era magnífico. La cocinera, Natalina Díaz Cardoso había trabajado en la Embajada 18 años y preparaba muy bien comida peruana o internacional. Mauro Cura y su esposa Rosalina llegaron al Brasil con el eminente Embajador Alejandro Deustua Arróspide, quien lamentablemente falleciera en la residencia a causa de un infarto. Mauro era un magnífico mayordomo y su esposa se desempeñaba muy bien como mucama. Años después y no habiendo en ese momento Embajador en Brasilia, les pedimos que nos acompañaran a nuestra nueva misión en Francia. Para nuestra alegría, Natalina y el matrimonio aceptaron complacidos. El chofer Denoe sucedido por Manuel Soares, la mucama Concepción y el jardinero José, quien apoyó mucho a Kille en el cuidado y arreglo de los enormes jardines y las plantas de los interiores fueron también magníficos colaboradores. A todos los recordamos con gratitud y aprecio